

—¿quién puede permanecer en un silencio total?, es ya una forma de estar uno instalado en su tiempo. La misma abstracta fenomenología de Hegel no es sino una totalización de la conciencia humana en el decurso de la Historia. Se sabe que cada una de las figuras espirituales que en el libro se esbozan, tenían en la mente de Hegel un modelo real.

Sería útil, aunque no fuera más que por lastrar un poco el excesivo «idealismo» que pueda tener mi planteamiento, destacar la conciencia desventurada quijotesca sobre el fondo histórico en la que se produce. Sánchez Albornoz cree hallar en la Edad Media las raíces del *Quijote*. Según este prestigioso historiador. Castilla, «islote de pequeños propietarios libres en la Europa feudal», hizo posible la existencia de pequeños labradores, mitad soldados de la frontera, mitad colonos de la repoblación, que constituyeron por mucho tiempo su nervio político⁵⁶. Y estos hidalgos rurales, de los que Don Quijote es un típico representante, avanzado ya el siglo XVI, se encuentran —a partir de aquí estoy siguiendo a J. A. Maravall— con que son

un grupo social sin fuerza realmente operante en las circunstancias de su tiempo, comprometido en una utopía de retorno, su evasión a un pasado idealizado... (Grupo que) arrastrado por un afán de acción y eficacia, por el anhelo de construir su entorno, no se conforma con hablar, sino que se entrega a obrar según su proyecto⁵⁷.

La acción quijotesca es tan singular, porque en ella se intenta de modo consciente hacer que sea una misma cosa acción y discurso, cuando lo habitual es que el discurso enmascare la acción o que ésta desacredite a aquél. El intento quijotesco tenía que ser estupefaciente en su tiempo, pues siendo muy profundas y lejanas sus raíces, el rebrote se producía en los surcos de otro tiempo histórico⁵⁸. El bien acomodado con la idealizada historia de ayer se encuentra desacomodado en la historia de su presente⁵⁹. Y luchando contra «fantasmas», se topará con formidables realidades que tienen formas y nombres muy concretos.

... Don Quijote no lucha nunca —ha escrito Francisco Olmos— contra moros y judíos, enemigos del caballero feudal, sino siempre contra la injusticia actual y ante hechos históricamente identificables...⁶⁰.

René Girard sintetiza, creo, todo este aspecto sociológico, trascendiéndolo al mismo tiempo a una interpretación que lo supera:

⁵⁶ «Raíces mediavales del Quijote», recogido en *Españoles ante la historia*, Buenos Aires, 1962, 2.ª ed., págs. 13-28.

⁵⁷ *Utopía y contrautopía en el Quijote*, Santiago de Compostela, 1976, pág. 150.

⁵⁸ Escribe Bloch: «Para su desgracia, Don Quijote cree que la caballería andante y su ideal son compatibles con toda forma económica de la sociedad.» Ob. cit., pág. 129.

⁵⁹ «No olvidemos —escribe J. A. Maravall—, sin embargo, que todos esos programas de reforma que en cierto modo pretendía sintetizar Don Quijote, bajo la mirada irónica de Cervantes, se apoyan en la pervivencia de una estructura tradicional social, de tipo agrario.» Ob. cit., pág. 90.

⁶⁰ FRANCISCO OLMOS: *Cervantes en su época*, Madrid, 1968, pág. 107. Y dice también Cernuda: «El caballero andante, al tropezar con la burla de un ambiente anacrónico y hostil, se convierte en héroe de la sociedad nueva, y los monstruos con que lucha no son criaturas mitológicas, sino los males mismos con que oscura y trágicamente luchan los dos hombres todavía: la fuerza, la violencia, la mentira. Por esto el libro de Cervantes es la primera epopeya moderna, y si no la única, la más alta de todas.» Ob. cit. 966.

Don Quijote es esencialmente el héroe que rechaza la *prose du monde*. Es decir, es el héroe del pasado, el héroe que pertenece a un mundo terminado. Esta interpretación ha dominado toda la lectura de Don Quijote desde entonces, en particular en la lectura marxista. Pero sabemos que esta interpretación es falsa... El mito se encuentra siempre presente en el individuo, y si uno observa la estructura de la novela, lejos de ser rechazado más y más para reemplazarlo por el «verdadero conocimiento», el mito se extiende más y más ⁶¹.

En efecto, en Don Quijote es posible descubrir y describir esa figura que Hegel denominó la conciencia desventurada. Es obvio que Cervantes, como novelista, no podía novelar sin encarnar en sustancia humana muy circunstanciada todo lo que sabía y quería decir acerca de los hombres. Pero este hecho, en lugar de enturbiar su percepción, le da esa plasticidad incomparable que tiene la misma realidad.

Catarsis

De la lectura del capítulo quinto, así como de la del *Quijote* todo parece extraerse la vulgarizada conclusión de que el ideal es derrotado por la realidad. De hecho, es la llamada realidad la que queda herida por él, pues ha de albergarlo en su seno, como al gusano el fruto, y sentir cómo ese despreciado ideal la carcome y desmorona. La contundente realidad pierde así su carácter de fatalidad y deja paso a la activa esperanza de cambiarla. Es más, cuando el consagrado orden de las cosas queda restaurado con el vencimiento del caballero, ese orden —Mounier lo llamó el «desorden establecido»— así restaurado, queda resentido por la mala fe por la que sólo pudo vencerlo y aquietarlo. Para acallar lo que la conturba, esa «diferencia absoluta» que es lo otro en su pétrea indiferencia, ha de brutalizar aun más, su silencio, su represión y su desprecio ante la palabra que la cuestiona, ante las lágrimas del desventurado. O segregar «ideologías», «humanismos» o los innumerables subproductos que enmascaran la verdadera naturaleza de las cosas, esa verdad que nunca se quiere desvelar. Todo menos reconocer que la verdad del hombre, la verdad profunda de su conducta, hay que ir a buscarla en la biología; que toda existencia, sea o no consciente de ello, es depredadora; que el estado de guerra de todos contra todos puede estar más o menos atenuado, dulcificado, pero se mantiene en esencia. Estómago y falo; y sobre ello, la verdad de una confusa palabrería.

La conciencia desventurada sabe todo eso; sabe que «eso» es su ser, pero sufre por querer ser otra cosa, del mismo modo que Alonso Quijano, hidalgo manchego, sufría por ser el caballero andante Don Quijote de la Mancha. Precisamente, esa decisión de Don Quijote —de todos los quijotes que jalonan la historia humana— es la eticidad superadora, que es también un momento de la conciencia y que tampoco tendrá reconocimiento. Pero que se enfrenta a la mera adaptación —quien sabe qué misterio genético impulsa al hombre, a determinados hombres, a rebasarse a sí mismo— y más allá del inmediato triunfo del momento, orienta a la especie hacia lo lejano ⁶².

⁶¹ RICHARD MACKSEY, EUGENIO DONATO y otros: «Los lenguajes críticos y las ciencias del hombre», Barcelona, 1972, pág. 198.

⁶² A título de mera especulación, diría que sólo en un materialismo «bien fundado» se podría asentar

Por eso, en el «Yo sé quién soy» estalla el grito del sufrimiento, los gemidos del que busca en las sombras, el delirio de quien, por su singularidad, se siente como una objeción viva ante la especie y ante sí mismo. Pero enfrentada esta conciencia a un mundo que le es hostil, sabiendo que jamás será reconocida, y menos comprendida y amada, ¿cabe el repliegue del Yo sobre sí mismo? Tal intento, aunque ilusorio, es siempre una tentación. No sólo la desventura, sino también el estoicismo arrastra a ese tipo de planteamientos. Ese fue el caso de Montaigne, un escéptico en tiempos turbulentos. Pero lo que Max Horkheimer escribió para él, es también válido en general:

Pero el repliegue al propio. Yo es de por sí un acontecimiento en el mundo empírico. Supone fuerza interior y personalidad, y, sin embargo, ésta no cae del cielo. Es producida por la vida social y se consume con sus condiciones... Resulta una ilusión del escepticismo considerar, a pesar de todo, el Yo como un lugar de refugio seguro. Está unido por cada fibra con la realidad material... La actitud del mundo circundante, su idioma, sus preceptos, su fe, condicionan la existencia y la manera de reaccionar de cada Yo individual... Por más activo que sea el Yo individual, considerado en sí mismo es sólo una abstracción y quien lo cosifica en su aislamiento, convirtiéndolo en un principio o asidero interior, hace de él únicamente un fetiche ⁶³.

De ahí, efectivamente, que Don Quijote, fortificado en su yo, no deje abierto ningún resquicio por donde pueda penetrar en su conciencia el más inofensivo germen de ese mundo repudiado ⁶⁴. Pero de ahí también esa penosa impresión de automatismo que sus acciones a veces nos producen; esa tristeza infinita en que nos sume su martirio inútil y del que no podemos consolarnos los lectores que con él nos identificamos.

El «Yo sé quién soy» plantea, si bien se mira, un problema, que, por su radicalidad, es tan pavoroso como el que Dostoyevski expresa a través de Iván Karamásov:

No he sufrido yo para, a mi costa, a expensas de mis crímenes y dolores, provocar una futura armonía. Yo quiero ver con mis propios ojos al cordero tumbado junto al león y cómo la víctima revive y se abraza con su verdugo. Quiero quedarme mejor con los dolores no vengados. Prefiero quedarme con mi no vengado dolor y mi indignación insaciable, *aun cuando no tenga corazón* ⁶⁵.

Y antes había dicho:

Yo no niego a Dios: lo que no admito es ese Universo divino por El creado; a ese Universo de Dios no puedo avenirme a aceptarlo ⁶⁶.

Tanto en el problema de la reconciliación imposible —ese hipotético momento del perdón del que habla Hegel—, como en aquél de la conciencia desventurada, que no puede ser saturada en un mundo siempre extraño, se contiene aquella llameante

la esperanza de una auténtica reconciliación humana. El materialismo marxista carece de la radicalidad necesaria y, sobre todo, introduce elementos voluntaristas, mesiánicos, ajenos a sus premisas. Quizá ese «materialismo» por el que abogo, al final no fuera tan «materialista».

⁶³ De su ensayo «Montaigne y la función del escepticismo» recogido en *Teoría crítica*, Barcelona, 1973, pág. 45.

⁶⁴ Dice Cernuda: «Ahí tenemos la clave de su locura: no querer poner a prueba la realidad.» Ob. cit. 965.

⁶⁵ *Obras Completas*, tomo III, tr. de Cansinos Assens, Madrid, 1961, 7.ª ed., págs. 202-203.

⁶⁶ Ob. cit., pág. 195.

verdad, que en los iniciales destellos de la mente humana, expresó el viejo Anaximandro:

Todos los seres deben, según el orden del tiempo, pagar los unos a los otros su injusticia ⁶⁷.

Si como afirmaba Rilke existen preguntas que deben ser antes vividas para poder encontrarles una respuesta, existen otras que más que ser vividas, nos matan. Son heridas que no tendrán cura en ninguna trascendencia, heridas que se cerrarán con la muerte del hombre y que los cielos infinitos contemplan impasibles. Son heridas que revelan solamente que toda conciencia que pretende desbordarse, se desgarrará.

Es cierto que no podemos tomar al pie de la letra el idealismo hegeliano, para explicar el desarrollo de nuestra conciencia. Lo que sí es, dada la plasticidad de algunas de sus figuras, un esquema muy aceptable para dibujar sobre él lo que en el fondo debe ser un misterio genético. Quizá sean esos cien mil millares de millones de mutaciones que se producen cada generación, los que hagan posible que la conciencia desventurada se produzca, como tanteo y experimento de algo que tantea y experimenta, no sabemos para qué fin, y que en el llamado mundo real no traduce más que la inseguridad o el desajuste de lo que todavía no se ha adaptado plenamente a un medio dado.

Mientras tanto, nuestra finitud apenas si puede consolarse porque fluya inmersa en la corriente infinita de la vida. Para Hegel, este tipo de consuelo era efectivo: pervivir de alguna manera en nuestros descendientes o en el pueblo al que se pertenece, prolongarse en el todo. Por ello buscó una salida conciliadora para los males de la conciencia desventurada. Yo no busco esa salida, sino que pretendo el imposible de convertir en salvación la experiencia desesperada de una soledad orgullosa. Cuenta Hyppolite que un día Hölderlin, que estaba sufriendo una crisis de melancolía, escribió a Hegel: «Tú te recobrarás, pero yo no.» Y comenta Hyppolite:

La cuestión es quién de ellos tocaba la cuestión de lo absoluto, ¿el que no se recobró, Hölderlin, o el que se recobró y mantuvo la comunicación, Hegel? ⁶⁸.

Después de todo, muchas veces, el silencio dice todo cuanto se puede decir. Y en el fondo, y esto lo he aprendido con dolor, en el desgarramiento de la conciencia desventurada fulgura un dilema, un delirio: o dioses o nada.

Perderse, como aconsejaba Kierkegaard, en la propia pasión; ir hasta el final de ese delirio. Pero...

ANTONIO ROMERO MÁRQUEZ

⁶⁷ NICOLÁS ABBAGNANO, en su *Historia de la Filosofía*, tomo I, Barcelona, 1955, pág. 14, comenta la frase de Anaximandro: «Pero ¿cuál es la injusticia que todos los seres cometen y que todos deben expiar? Evidentemente ella es debida a la constitución misma y, por tanto, al nacimiento mismo de los seres, dado que ninguno de ellos puede evitarlo como no puede sustraerse a la pena. Ahora bien, el nacimiento es, como se vio, la separación de los seres de la sustancia infinita... Con la separación, pues, se determina la condición propia de los seres finitos: múltiples, diversos y oponiéndose entre sí, inevitablemente destinados, por tanto, a pagar con la muerte su propio nacimiento y a volver a la unidad.»

⁶⁸ De «Los lenguajes críticos...» pág. 196.